

EXPERIENCIAS

Rizoma de saberes: educación, cuerpo y territorio

Rhizome of Knowledge: Education, Body, and Territory

Katia Riveros Zepeda. Universidad Católica del Norte, Universidad de Atacama. Chile

katia.riveros@gmail.com

ORCID: 0009-0004-4881-7535

Recepción: 9/5/2025. Aceptación: 9/7/2025. Publicación: 22/8/2025.

Resumen

Este relato testimonial, situado y transcurrido relata la experiencia vivida por la autora durante su estadía en Nicaragua como estudiante del Doctorado en Educación y Eco-transformación de la Universidad Internacional Antonio de Valdivieso. A lo largo de tres semanas recorriendo universidades, escuelas, territorios y memorias vivas se construye una mirada crítica y afectiva sobre el proceso de reactivación educativa que se vive en ese país. El texto entrelaza reflexión pedagógica, compromiso ético y sentido latinoamericano, dando cuenta de una práctica educativa que se vive cotidianamente como acto de justicia, afecto y dignidad.

Palabras clave: educación latinoamericana, pedagogía situada, reactivación educativa, memoria, Gabriela Mistral

Abstract

This situated and unfolding testimonial recounts the author's lived experience during her stay in Nicaragua as a student of the Doctorate in Education and Eco-Transformation at the Universidad Internacional Antonio de Valdivieso. Over the course of three weeks, through visits to universities, schools, territories, and living memories, a critical and affective perspective emerges on the process of educational reactivation underway in the country. The narrative interweaves pedagogical reflection, ethical commitment, and a Latin American sensibility, portraying an educational practice experienced daily as an act of justice, affection, and dignity.

Keywords: Latin American education, situated pedagogy, educational reactivation, memory, Gabriela Mistral

Introducción

Este texto nace de la necesidad de detenerme a mirar con atención una experiencia formativa vivida en Nicaragua, durante una etapa presencial del Doctorado en Educación y Eco-transformación en la Universidad Internacional Antonio de Valdivieso. Durante tres semanas participé en actividades académicas y recorridos territoriales que me permitieron observar otras formas de pensar y vivir la educación, más vinculadas al contexto, al cuerpo y a la vida cotidiana.

La decisión de escribir surge de una motivación personal, pero también de una inquietud política. En un tiempo donde los marcos formativos tienden a centrarse en lo instrumental y en lógicas estandarizadas, sentí la urgencia de recuperar el sentido de lo vivido como experiencia con valor pedagógico. Por eso opté por una mirada auto etnográfica, que no pretende hablar desde fuera ni desde una posición de neutralidad, sino desde la implicación y la reflexividad.

Desde mi lugar como educadora chilena, formada en estructuras que muchas veces tensionan el discurso de la inclusión con prácticas de exclusión, esta escritura no busca establecer conclusiones, sino delinear un sendero. Un trayecto narrado desde la experiencia, que pone en valor el vínculo, la escucha, la observación atenta y la dimensión afectiva del encuentro pedagógico.

La educación como encuentro vivo

Este texto se dibuja como un rizoma narrativo que no comienza desde un punto determinado, ni se dirige a un fin. Es el relato de una experiencia encarnada, de una educadora que, en otras latitudes, bajo un sol tropical, caminaba entre saberes, territorios y memorias. Allí, donde la educación se practica como acto político y afectivo, que recorre fragmentos de vida, encuentros con árboles que iluminan, volcanes que murmuran, lagos con pequeñas islas, sonidos de la marimba, lluvia que calma y moviliza, cárceles con signos de dolor, sufrimiento y esperanza de lucha, donde habitan los murciélagos que, despertados por mi intromisión, recuerdan la fragilidad de los sentidos humanos y de las percepciones de miedo, nostalgia y lucha, en esa profunda oscuridad.

Movilizarme a Nicaragua no implicó solo un desplazamiento geográfico por las avenidas de Latinoamérica, sino, principalmente, un movimiento interior ético y político. En mi calidad de estudiante, tuve la oportunidad de vivenciar, senti-pensar y recorrer el territorio de un país que apuesta por la educación como proyecto social y ético; no como una promesa epistolar, sino como acto en presente, un «Estar siendo digno», como condición de dignidad futura.

Recorrí los pasillos de universidades que respiran, que muestran su historia, su devenir educativo y cultural a través de sus murales, que más que testimonios constituyen la expresión auténtica de la memoria: textos vivos de una cartografía pictórica que retrata e inspira la reactivación educativa que vibra y se expande.

Lo que encontré en mi visita, que incluye y comienza con diálogos con docentes y estudiantes en un devenir de ideas e historias, mientras transitaba por los senderos verdes llenos de vida, muchas veces acompañada por estas bellas personas, y en otras ocasiones con la compañía de mis propias cavilaciones.

Universidad abierta

Uno de los aprendizajes más intensos de mi paso fue la comprensión del aula como espacio ampliado. La universidad no se encierra entre muros si no por el contrario, los trasciende. Está en la calle, en la comunidad, en los centros culturales, en los territorios. Se trata de una apuesta pedagógica que toma en serio la vida de las personas: si la vida no se organiza en horarios escolares, ¿por qué lo haría la educación?

La escena educativa que rompe con los moldes habituales del acceso restringido, reservado para unos pocos, se presentaba ante mis ojos como una posibilidad real: la universidad en estas tierras se encuentra disponible y dispuesta a diario para recibir al estudiantado; y a diario quiero decirlo, con énfasis, ¡abierta de lunes a domingo! Allí no era una metáfora, utopía asintótica sino una realidad concreta. «Universidades abiertas», corresponde a una decisión política, ética, de acción donde no cabe duda ni queda fisura que logre romper esa convicción.

La universidad abraza lo diverso: personas mayores, madres, trabajadores, jóvenes que fueron excluidos del sistema en otra época, y que hoy recuperan su derecho a aprender.

Tuve la posibilidad de observar, en las filas de inscripción, a todos y todas, con un propósito claro; llenos de expectativa, con ánimo, ganas, deseos, sueños, metas. Esa diversidad no es vista como un obstáculo, sino como la riqueza sobre la que se edifica la práctica docente.

No se exige una edad ideal, ni se descalifica por trayectorias trucas. Basta la voluntad de aprender, la pasión del querer basta con acercarse, no es necesario llevar dinero; la matrícula es un proceso administrativo que responde a una declaración de intención, sin pagos, avales ni actividad bancaria de por medio; existen programas de alimentación, alojamiento y transporte para quienes se desplazan y llegan desde otros territorios geográficamente lejanos.

Las carreras regulares abren sus puertas durante la semana, de lunes a viernes, como lo tradicional; con sus respectivos horarios matutinos y vespertinos. Pero lo que más me impresionó fue la existencia de programas sabatinos y dominicales, diseñados para quienes trabajan, para quienes están a cargo del cuidado, para quienes solo pueden estudiar en el único tiempo que les queda disponible. Es así como la institución, la universidad, se ajusta a la vida de las personas, y no al revés; por ello la educación no se presenta como un molde y estructura en el que se debe encajar, sino que otorga posibilidades reales y diversas.

Existe una dimensión afectiva que atraviesa las relaciones pedagógicas, una disposición a la acogida que no se enseña en manuales, sino que se vive en la experiencia diaria.

Hay países donde la educación se debate en discursos, hay otros donde se practica. Aquí la democratización de la educación no es una declaración, sino que constituye un sistema en funcionamiento, una forma de actuar en coherencia con los discursos. Aquí vi una pedagogía en movimiento, encarnada en las decisiones, en las políticas públicas, en los programas, pero sobre todo en la vida cotidiana. Esa profunda convicción me demuestra que, en este territorio, al menos desde mi experiencia, la educación no se concibe como un bien de consumo, sino como un derecho activo que debe hacerse efectivo a diario, para todas las personas.

Vi un país que, pese a todas sus dificultades, ha decidido creer en el saber cómo derecho y no como ornamento, no como mercancía, no como recurso productivo, sino como condición de dignidad.

Esa es una elección-lección ética y política, que nos plantea una pregunta urgente para quienes educamos en otros contextos latinoamericanos: ¿qué estamos haciendo para que nadie quede fuera?

«Esta experiencia encarna lo que autores como Van de Velde (2023)¹ han descrito como una opción política por la democratización radical de la educación en Nicaragua, en coherencia con el proyecto sandinista de gratuidad, territorialidad y vinculación comunitaria»

Contexto del viaje y vivencias académicas

El motivo oficial de mi viaje fue académico: asistir como estudiante a los encuentros programados, pero lo que ocurrió fue mucho más que eso, ya que al final no viajé solo para aprender teoría, viajé para encontrarme con una práctica viva, con un pueblo que cree profundamente en que educar es un acto político y afectivo. Mi llegada iba cargada de preguntas, pero lo que recibí fue más que solo respuestas, fue hospitalidad, coherencia entre lo que se dice y lo que se hace: fue convicción encarnada.

Durante mi estadía tuve el privilegio de impartir talleres, tanto en escuelas como en espacios universitarios; esto ha constituido una de las experiencias más significativas de mi vida docente. No porque yo tuviera grandes cosas que enseñar, sino porque fui testigo de un deseo de aprender que no se apaga.

Paisaje, cultura y memoria

Hay viajes que no caben en una maleta ni en una bitácora: llené una libreta con apuntes, frases, dichos, lugares, sensaciones, para no olvidar que no solo se trataba de un desplazamiento, reservas, boletos de avión, ticket de buses, se trataba de converse, de transformarse. Es así como Nicaragua me habitó antes de poder

comprenderla. Nicaragua me sorprende, como cualquier regalo que no se esperaba, como las buenas experiencias que no se planean, pero que se sienten inevitables. Fui allá como estudiante con dos expectativas claras: aprender muchas cosas potentes e importantes en el trato con mis docentes, como parte del programa doctoral, y explorar territorios nuevos, conocer personas e impregnarme de algún modo de la cultura, a través de sus comidas y vivencias. Lo que no sabía era todo lo que me haría reflexionar, y no hablo solo de contenidos, información, conocimientos; me refiero a otra forma de entender y manifestar el compromiso educativo. Más que observar un sistema, me vi implicada en él, caminando, preguntando, escuchando, compartiendo. observando con ojos de maestra, pero también con corazón de mujer latinoamericana.

Si el conocimiento se siembra, como decía Gabriela Mistral, en Nicaragua germina en cada rincón del paisaje. Allí, la cultura no es una capa ornamental, es raíz, es piel, es voz. Aprendí que caminar el territorio es también leerlo, y en esas extensas caminatas, descubrí que cada calle, cada monumento, cada espacio y cada árbol tiene algo que mostrar y refleja la historia pasada y latente, vislumbrando un futuro libre y revolucionario.

La Avenida Bolívar desemboca en la Avenida Salvador Allende. Los Árboles de la Vida la enmarcan como símbolos que danzan con el viento y la memoria. Vi a Rubén Darío en las calles, en las voces de la infancia, Gabriela Mistral y Salvador Allende en los muros y en las plazas. Sentí a Sandino vivo, multiplicado en el pueblo.

«No sabe el corazón que de repente
no es él, todo cambió, nada es lo mismo.
Es el sombrero en alto de Sandino»²

«El pequeño ejército loco de voluntad de sacrificio», así bautiza Gabriela Mistral³ al ejército Sandinista. La unía a Sandino una profunda amistad. Entonces en el viento aún resuenan los «recados» (cartas, mensajes, telegramas) que le enviaba Gabriela a su amigo. Incluso Sandino inspirado en la profunda admiración por la poeta, según lo descrito en la Revista Del Frente: Agradecido, por el apoyo internacional que le brinda la voz de la poeta, y admirado de su visión política, le otorga el título honorario de Benemérita del Ejército Defensor de la Soberanía. Este título es el más alto honor que el General Sandino concede a la intelectual chilena.

En la ciudad de Masaya, la cerámica y los telares son pedagogías vivas. En Rivas, en la universidad enseña con abejas, cultivos y barro. Cada lugar es un libro abierto que se vive. León, y su gran laguna salpicada de pequeñas islas desbordadas de verdor y dorado atardecer.

La pedagogía de un país en movimiento

Esa pedagogía situada me recuerda que enseñar no es repetir contenidos como diría el maestro Paulo Freire, sino habilitar vínculos con el saber y con el otro en este espacio intersubjetivo.

Esa experiencia fue reforzada en los encuentros con mis compañeras y compañeros del programa algunos provenientes de distintas geografías, cada uno traía consigo no solo su trayectoria académica, sino también sus preguntas vitales. ¿Cómo es posible sostener una pedagogía para el bien común cuando las universidades se vuelven empresas? ¿Cómo abrir espacios de aprendizaje que reconozcan las historias, los cuerpos, las memorias?

Aquí encontramos posibles respuestas, no ideales, no utópicas, pero sí en movimiento.

Y eso, para quienes venimos de otros contextos donde la universidad se privatiza, se tecnocratiza, se envuelve en lenguaje empresarial, en lenguaje psicologizado, se hace esquiva o se vuelve inaccesible es un baño de realidad y una caricia de esperanza. Porque allá las universidades no están escondidas ni amuralladas, desde lo literal claro que las tiene, pero no para excluir, son casas abiertas, habitables, son puntos de encuentro, estructuras flexibles, afectivas, atentas.

La universidad no compite: acompaña, no evalúa para excluir, evalúa para aprender, no jerarquiza saberes, los enlaza. Me conmovió ver cómo los docentes planificaban con la comunidad, cómo conocían las historias y contextos de sus estudiantes, cómo nombraban la educación no solo como derecho, sino como acto de amor colectivo.

Vi cómo la pedagogía se transforma en acto cuando los fines de semana se dan clases porque muchas personas no pueden asistir entre semana, cuando las becas no son premios, sino puentes, cuándo una mujer de 55 años que había dejado la escuela por cuidar a sus hijos vuelve al aula y es bienvenida. Cuando los saberes locales, campesinos, artesanales, comunitarios, no se desechan, sino que se integran al conocimiento «formal» prescrito, cuándo la diversidad no se tolera, se abraza.

Y yo, que llegué desde Chile con mis propias preguntas y certezas, me veo interpelada. Me pregunto entonces cuántas veces nuestro sistema educacional se limita a reproducir la exclusión, incluso con discursos progresistas, cuántas veces dejamos fuera a quienes no encajan, cuántas veces exigimos requisitos que son en realidad barreras sociales, cuántas veces confundimos excelencia con elitismo.

Allí comprobé lo que tantas veces decimos y aparece en los discursos como significativo flotante: que la educación es una práctica política.

La reactivación educativa que vi no fue un solo un programa de gobierno, fue un gesto amoroso, firme, concreto y colectivo, una pedagogía del pueblo.

Esta forma de entender la educación como un compromiso encarnado en el territorio tiene antecedentes históricos concretos. Desde la Cruzada Nacional de Alfabetización en 1980 hasta las actuales estrategias educativas implementadas

por el Frente Sandinista, el modelo nicaragüense ha desarrollado una pedagogía vinculada a la comunidad, abierta a la diversidad y orientada al bien común (Van de Velde, 2023; Revista Soberanía, 2024).

Estos elementos se configuran como una invitación a seguir caminando.

Entonces emerge la esperanza de una pedagogía abierta, viva, humana, una pedagogía que se permite emocionarse, demorarse, reintentarse, una pedagogía que no se rinde frente a la adversidad, sino que la enfrenta con creatividad, una pedagogía que no pide permiso para ser distinta.

Y tal vez eso sea lo más revolucionario que viví, constatar que hay otros modos posibles. Que la universidad puede ser casa, que la escuela puede ser raíz, que el aula puede ser un espacio donde caben todas las edades, todas las trayectorias, todos los sueños, que las pedagogías latinoamericanas no solo existen sino resisten.

Lo que viví me toca el cuerpo, pasa por mis venas, por mi piel, modifica y amplía la forma de mirar, me reordena por dentro, me lleva a no olvidar que los territorios del saber se encuentran subordinados a las lógicas del mercado a mantener una defensa de la educación como acto político y poético y que, si se puede, que cuando hay voluntad política, ética y pedagógica, se pueden habilitar estructuras flexibles, afectivas, comprometidas. No perfectas pero humanas, no complicadas sino abrazando lo complejo.

Y en ese contexto, también aprendí muchísimo de mis compañeras y compañeros no solo por sus palabras o sino por la compañía, el tiempo entregado al compartir vivencias, espacios íntimos con sus familias mostrando su vida al descubierto, su historia, sus raíces y también la escucha atenta, compartiendo el café, la comida, la música, la risa y los silencios, las preguntas y respuestas haciendo de la vivencia un tejido, tejido que se vuelve comunidad.

Me fui siendo Katia, profesora chilena, regreso siendo anhelos, con hilos para tejer nuevas tramas llegué más raíz, entendiendo que la raíz no está en un sitio fuera, externo, sino que me habita, aunque a veces reconozco que me pierdo en la búsqueda de espacios donde la coherencia se manifieste como acto ético y luego los encuentro, me encuentro, vuelvo, recupero el aire y la convicción que permite el movimiento.

Notas

1. Herman Van de Velde, pedagogo belga radicado en Nicaragua, doctor en Ciencias Pedagógicas por la Universidad de La Habana, fundador de ÁBACoenRed y creador del enfoque de «Cooperación Genuina», orientado a promover aprendizajes inclusivos y colaborativos (Van de Velde, s.f.).

2. Daniel Viglietti, cantautor uruguayo, incluyó *Declaración de amor a Nicaragua* en su álbum *Trabajo de hormiga* (2008). Extracto de su canción.

3. Gabriela Mistral (1889-1957), poetisa, diplomática y educadora chilena, Premio Nobel de Literatura 1954, cuyas obras abordan la infancia, la educación y la justicia social (Mistral, 2009).

Referencias bibliográficas

Arríen, J. B. (s/f). Objetivo: desmantelar la educación sandinista. *Revista Envío*.

Coplin, J. C. (1996). *The Politicization of Public Education in Nicaragua (1967-1994)*. University of North Texas.

Cruzada Nacional de Alfabetización (1980). *Documentos históricos. Ministerio de Educación de Nicaragua*.

Cardozo, G. (2022). Gabriela Mistral: letras para Sandino, hombre heroico, héroe legítimo. *Revista de frente*. <https://www.revistadefrente.cl/gabriela-mistral-letras-para-sandino-hombre-heroico-heroe-legitimo/>

Ginsburg, M., Espinoza, O., Poplin, M. y Ter Horst, L. (1984). *Educational Reform in Nicaragua*. UNESCO.

Revista Soberanía. (2024). *Estrategia Nacional de Educación en todas sus modalidades*. Casa de la Soberanía Miguel d'Escoto, N.º 12.

Van de Velde, H. (2023). *Logros y desafíos de la educación en la Nicaragua sandinista*. Cuaderno Sandinista.

Viglietti, D. (2008). Declaración de amor a Nicaragua [canción]. En *Trabajo de hormigas. Ayuí*. Tacuabe.